

## EL INCENDIO

Pseudónimo: Sephiroth

Susana, bedel en el turno de mañana del edificio aulario, fue la primera en advertir el humo incipiente que se escapaba por la ventana del despacho del decano en el edificio principal, al otro lado de la pequeña placeta donde los fumadores se reunían entre clase y clase, vacía aquel 7 de diciembre por caer la jornada lectiva entre las festividades del Día de la Constitución y la Inmaculada Concepción. Dudó un instante. Sonrió con el gesto triunfal de los desagraviados por la justicia poética. Apagó el cigarrillo contra el cenicero de la papelería. Bisbiseó un “que se joda” y volvió a la portería desvestiéndose el cuello y la cabeza.

Julio, catedrático de Historia Contemporánea y triste segundón sin posibilidades en las quinielas para las próximas elecciones al decanato, dejó el dinero de la manzanilla que acababa de tomar a solas, pues Rafael, camarero de la cafetería del profesorado, había salido a tirar la basura. Encaró el pasillo que le llevaba a su despacho y vio el humo escaparse por el hueco inferior de la puerta que cerraba el de su principal rival. Miró a un lado y a otro. Cuando se cercioró de que nadie lo había visto, se dirigió rápidamente a las escaleras. Bajó a la primera planta, entró a los aseos cercanos a reprografía, se encerró en el último baño y echó el pestillo con la idea de permanecer allí unos minutos, solo el tiempo suficiente, convencido de que las tragedias siempre favorecen a los opositores.

Cuando el sistema de detección activó la alarma, Raúl, limpiacristales a media jornada, la escuchó por encima del audiolibro de “El hombre y la gente” de Ortega y Gasset que reproducía su teléfono móvil, materia que debía tener interiorizada para los exámenes de febrero. Pensó que se trataba de una chiquillada y siguió con su labor. Al eliminar el jabón del ventanal con la escobilla, se encontró con la columna negruzca que se elevaba hacia el cielo.

Los estudiantes y los profesores que no habían alcanzado el pacto tácito del puente festivo salieron en tromba de las gigantescas aulas omitiendo, probablemente por desconocimiento, cualquier advertencia o consejo del Protocolo de Actuación ante Incendios de la universidad.

Raúl se escabullía hacia el foco del peligro a contracorriente de la estampida, entre la algarabía de los aterrorizados y aquellos que, ignorando la amenaza, corrían en dirección a la puerta con más jolgorio que preocupación. Llegó al pasillo que albergaba los despachos de los profesores, contempló con estupor las llamas extendidas, se dijo que ya era tarde para actos heroicos y se mezcló con la muchedumbre a la carrera en busca de la salida de emergencia más cercana.

Asustada por los gritos que sucedieron a la alarma estropeada desde hace años, Paula, bibliotecaria veterana del centro, mujer dramática y temerosa de Dios, salió temblorosa al hall principal. Entre la humareda que presagiaba un desastre inminente, observó como el fuego calcinaba los bancos de madera de la segunda planta. Con la intuición de que todo el edificio ardería, corrió a la hemeroteca, por fortuna en el semisótano, y se dirigió sin dilación a una carpeta concreta para llevarse con ella el periódico que, en su sección de Cultura, recogía el único relato que había publicado en su vida.

La facultad estaba prácticamente desalojada cuando las sirenas de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado llegaron al campus. En una sala del sótano, insonorizada y perdida entre pasadizos levemente iluminados, se reproducían los créditos de la distopía sobre la que venían debatiendo varios días Adrián, Eduardo y Nereida, miembros activos de un menospreciado movimiento estudiantil. Abandonaron las catacumbas con la intención de coger algo de aire fresco antes de la tercera proyección de la mañana. La universidad había sido invadida por una niebla oscura y asfixiante que dificultaba la visión en derredor. Nereida apoyó la espalda en la pared y se adentró en la calígene, un camino completamente opuesto al tomado por sus dos compañeros, que se dirigían al comedor sin más orientación que la rutina del trazado mil veces recorrido. Nereida fue palmeando con ambas manos la pared hasta dar con la boca de incendios, a la que rompió el cristal de un codazo. Alguien la agarró del brazo antes de que lograra desenroscar la manguera.

– ¿Qué cojones haces? –gritó Eduardo a su espalda mientras la arrastraba con fuerza hacia él.

– ¡No lo sé, hostia! ¡Algo! ¡Algo hay que hacer! –respondió ella forcejeando, la histeria revelándose en su voz aguda.

– ¿Estáis tontos o qué? –preguntó Adrián, víctima de una tos asmática que resaltaba su agitación nerviosa. – ¡Hay que salir de aquí ya! ¡Joder! –dijo antes de

agarrar las manos de los otros dos y guiarlos hacia la calle por el baño, donde ni siquiera tuvieron que destrozar la ventana, porque ya lo había hecho alguien para escapar por ahí, a tenor de la sangre en uno de los cristales.

Horas más tarde, el noticiero radiofónico, tras abrir con la primicia de que el fuego en la principal universidad del país ya había sido completamente extinguido sin tener que lamentar heridos graves, informaba de que la Justicia había procesado al Gobierno en funciones por la presunta destrucción deliberada de los informes que, supuestamente, recogían la contabilidad de la última década del partido. El decano principió una mueca cínica que intentó ocultar ante el consejo de gobierno de la universidad, reunido de urgencia, de la que solo se percató el tesorero. A lo largo de la tarde, mientras recibía cientos de llamadas que no podía contestar, había estado experimentando cierta compunción por el catastrófico devenir de los acontecimientos, totalmente inesperado y sin duda excesivo para su discreto propósito. Sin embargo, los remordimientos se apagaron con las llamas y, después de repasar mentalmente la causa para compararla con el efecto, se complació de lo ocurrido: más pronto que tarde, cuando se aburriesen de las administraciones autonómicas, los ayuntamientos y los partidos políticos, irían a por las universidades, y los incendios interiores tienen siempre ese cariz de accidente que reduce a cenizas cualquier presunción de culpabilidad.